2 abril 2023

¡El llanto audible!

Dr. Tom Riley

El lunes de la semana pasada, una persona de 28 años disparó fatalmente a tres niños y tres adultos en la Escuela Cristiana Covenant en Nashville. La escuela es un ministerio de la Iglesia Presbiteriana Covenant donde un amigo mío es el pastor, en un campus a apenas dos millas de la Universidad de Lipscomb donde yo doy clases. La comunidad está de duelo.

Mi buen amigo Scotty Smith escribió estas palabras un día después: ***"Hermanos, no queremos que ignoréis lo que va a pasar con los que ya han muerto, para que no os entristezcáis como esos otros que no tienen esperanza"*** (1 Ts. 4:13).

Padre celestial, el dolor era incontenible, la ternura palpable, tu presencia innegable. Anoche me fui a la cama casi sin fuerzas por el agotamiento emocional. Hoy me desperté agradecido por el privilegio santo de entrar en el dolor y arriesgar la esperanza.

Ayer, nuestra familia de la Iglesia se encargó de ofrecer ternura, misericordia y un refugio seguro a las familias en duelo, al personal y los miembros de la Junta de la Escuela Covenant, y a los pastores, ancianos y diáconos de la Iglesia Presbiteriana Covenant. Fue un día largo, recorrido a través de un camino de gracia que nos llevó directos a la bienvenida abierta de Jesús: ***"Venid a mí todos vosotros que estáis cansados y agobiados, y yo os daré descanso."***

Amigos a los que conozco desde hace cuarenta años llorando de forma incontrolable –algunos de los hombres y mujeres más fuertes que conozco vueltos hermosamente débiles. Padres profundamente impactados derrumbándose en los brazos de otros, sin necesidad de decir nada, sin querer dejarse ir, solo agradecidos de estar juntos. Padre, gracias por el obsequio no buscado, la llamada compartida y el difícil dolor del corazón. Hacemos luto torpemente – a veces reluctantemente, a veces años después del trauma, de la pérdida, del corazón desgarrado.

Padre, enséñanos cómo afligirnos, y cómo entrar en el dolor ajeno. Tú nunca nos conduces al dolor sin esperanza. Generalmente la esperanza nos sostiene antes de poderla arriesgar. Y ¡aleluya!, la esperanza que nos das no reemplaza nuestro dolor, lo transforma. El dolor tocado de esperanza nos hace más amables, gentiles y llenos de amor.

Pero, ¿es fiable nuestra esperanza? ¿Puede sostener el peso de nuestra angustia, el enfado de nuestro corazón y el miedo que sentimos? Lo responderemos de esta forma: Padre. Nunca hemos estado más listos para celebrar la Pascua. Nuestra esperanza es profundamente segura porque la tumba de Jesús está completamente vacía. ¡Aleluya! Y también un muy sonoro Amén!

He titulado este mensaje "¡El llanto audible!" Y me gustaría empezar centrando nuestra atención en la maravilla de la humanidad de Jesús, el Cristo. Pensamos en él como ¡*el Hijo de Dios!*. Y eso es lo que es. Pero la mayoría de las veces Jesús se llamaba a sí mismo ¡*el Hijo del Hombre!* Juan nos recuerda que **la Palabra** que estaba ***"con"*** y ***"era"*** Dios, ***"se hizo hombre y habitó entre nosotros. Y hemos contemplado su gloria, la gloria que corresponde al Hijo, unigénito del Padre"*** (Jn. 1:14). ¡Oh, la maravilla de la divinidad de este hombre, Jesús! ¡Y oh la gloria de la humanidad terrenal, vulnerable, de nuestro Cristo!

Aquellos que anduvieron las polvorientas calles con Jesús le vieron reír, llorar, emplear la ira, y enfadarse (¡con ellos generalmente!). Podéis imaginar algunos de esos momentos. Como cuando llamó a los fariseos guías ciegos, que colaban el mosquito, pero se tragaban el camello. O como cuando cogió un látigo y echó a los cambistas del templo. O cuando reprendió a los discípulos por pensar que él estaba demasiado ocupado para los niños pequeños.

Pero tal vez su conexión más vulnerable con la humanidad (aparte de su sangrienta muerte en la cruz) fue cuando lloró. Pasó por lo menos dos veces… ambas camino a Jerusalén, cuando el sabía exactamente lo que le iba a ocurrir. La culminación de la historia estaba muy cerca, el toque maestro del plan de redención de Dios, que el autor de Hebreos llama ***"el gozo que le esperaba"*** (Heb. 12:2).

Juan recuerda la primera vez que Jesús lloró. Es conocido como el versículo más corto de la Biblia: ***"Jesús lloró"*** (Jn. 11:35). Había recibido la noticia de que su buen amigo Lázaro estaba enfermo y cercano a la muerte. Lázaro (junto con sus hermanas Maria y Marta) vivía en Betania, al otro lado del valle del Cedrón viniendo de Jerusalén. Jesús esperó dos días, porque con Dios el tiempo es importante. Los discípulos esperaban que él no fuera, pero después de dos días de espera, él dijo ***"Volvamos a Judea."*** Los discípulos podían sentir el peligro. Era palpable. Estaba en el aire. Incluso Tomás soltó aquello de ***"Vayamos también nosotros, para morir con él."***

Después de encontrarse con Marta y más tarde con María en las afueras del pueblo, Jesús permaneció con ellas un rato antes de preguntar dónde lo habían enterrado. Fue entonces cuando rompió en llanto: ***"Jesús lloró"*** (Jn. 11:35). Y los judíos que estaban cerca dijeron ***"!Mirad cuánto lo quería!"*** Pero unos minutos después, Jesús se encaminaba con ellos a la tumba. Era una cueva con una enorme piedra delante. Cuando Jesús dio la orden, ***"quitad la piedra"***, Marta objetó ***"Señor, ya debe oler mal, pues lleva cuatro días allí."*** Y después de quitar la piedra y de orar al Padre, Jesús gritó con todas sus fuerzas: ***"¡Lázaro, sal fuera!"*** (Jn. 11:43).

Y lo hizo.

Este milagro selló la propia muerte de Jesús, ¡y los líderes religiosos tenían la intención de hacer que ocurriera lo más pronto posible! Según las Escrituras, no pasaría mucho tiempo antes de que Jesús llorase por segunda vez. No en la última cena. No en el huerto de Getsemaní. Ni siquiera en la cruz. Al acercarse Jesús y sus discípulos a Jerusalén una semana antes del punto crucial de la historia, él mandó buscar un burro.

Lee Lucas 19:28-41.

Visualiza esto: la ciudad de Jerusalén, desbordada de viajeros de todas partes que habían venido a celebrar la pascua. Viendo a Jesús acercarse montado en un burro, las masas se abrieron como el mar Rojo, y había capas y ramas de palma sobre el camino para que ni las pezuñas del burro tuvieran

que tocar el suelo. Se levantaron gritos de ***"¡Hosanna!"*** Los creyentes no podían comprender que estaban siendo testigos de la llegada del Mesías a la ciudad de Jerusalén. Esta bienvenida espontánea, improvisada y santificada debió de ser épica.

Nuestra hija de dos años, Lily, me tiene comiendo de su mano. El otro día la vi deslizarse por la puerta hacia las escaleras, hacia el área del "no Lily!". Y justo cuando iba decirle que regresase, se acercó un dedo a los labios: "¡Shhh!" Y luego sonrió. En ese momento, no solo me impidió decirle que no bajara, sino que me hizo su cómplice. ¡Fue genial! Así que mantuve un ojo sobre ella, pero discretamente le dije a Anne que fuera a recoger a la pequeña!

Los lideres religiosos que vigilaban la situación regañaron a Jesús con más que un simple "¡Shhh!": ***"¡Reprende a tus discípulos!"*** le ordenaron. Jesús respondió: ***"Os aseguro que si ellos se callan, gritarán las piedras."*** ¡Ah, qué momento más glorioso! ¡La creación estaba observando y estaba lista para adorar! Pero lo más extraño ocurrió a continuación. En medio de esta celebración increíblemente bulliciosa y espontánea, la multitud oyó un sonido diferente. Era un llanto. ¡Llanto del que estaba siendo alabado! ¡Llanto del Mesías que estaba llegando! ¡Nuestro Jesús vio Jerusalén y no pudo contener el llanto; ¡él lloró por ella! (Lucas 19:41).

Hay una diferencia entre el llanto ante la tumba de Lázaro y el llanto al ver Jerusalén. Uno fue audible, el otro fue silencioso. Uno fue por un amigo que había muerto recientemente, el otro fue por una ciudad que pronto iba a crucificar a Jesús. Uno pronto iba a ser revertido con palabras de resurrección frente a una tumba abierta; el otro fue por la condición espiritual de la gente, como ovejas sin pastor. ¿Cuál fue el llanto audible? ¿Y cuál fue el llanto en silencio?

En la tumba de su amigo Lázaro, Jesús derramó lágrimas. Lloró en silencio. Ante la visión de Jerusalén, Jesús lloró de manera audible. ¿Y tú? ¿Y yo? ¿No es más probable que lloremos en voz alta ante la tumba de un ser querido? ¿Y que no derramemos siquiera una lágrima por la condición espiritual de Madrid? ¡Oh, la humanidad del que llamamos el Hijo de Dios! ¡Oh, la divinidad del que se llama a sí mismo el Hijo del Hombre!

¡Fíjate cuán digno de alabanza es y vive para él! ¡Mira su humildad e imítala! ¡Mira su corazón, y entra hasta el mismo corazón de Dios… por Madrid y por toda la humanidad!